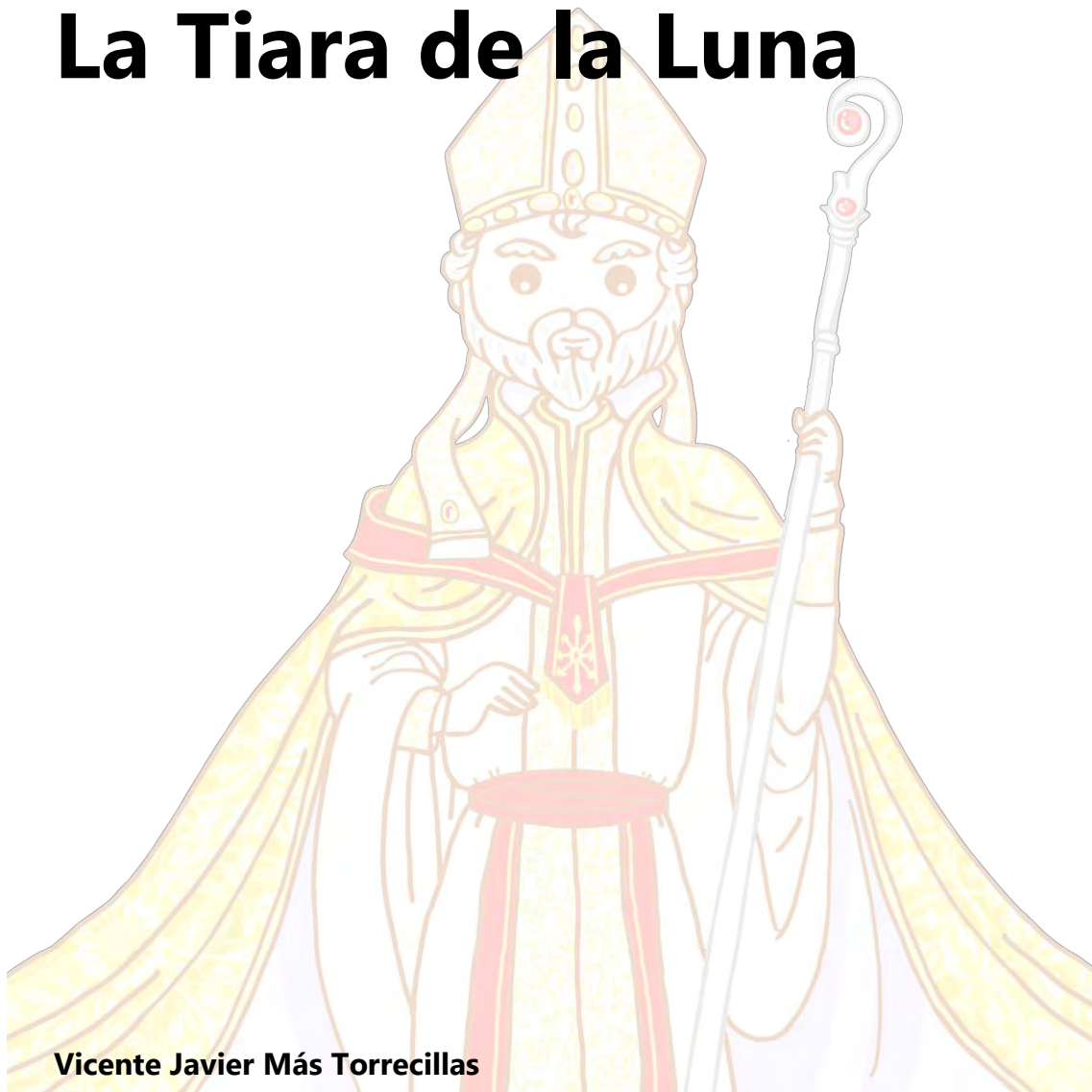


LA TIARA DE LA LUNA

JAVIER MÁS

UNARJA

La Tiara de la Luna

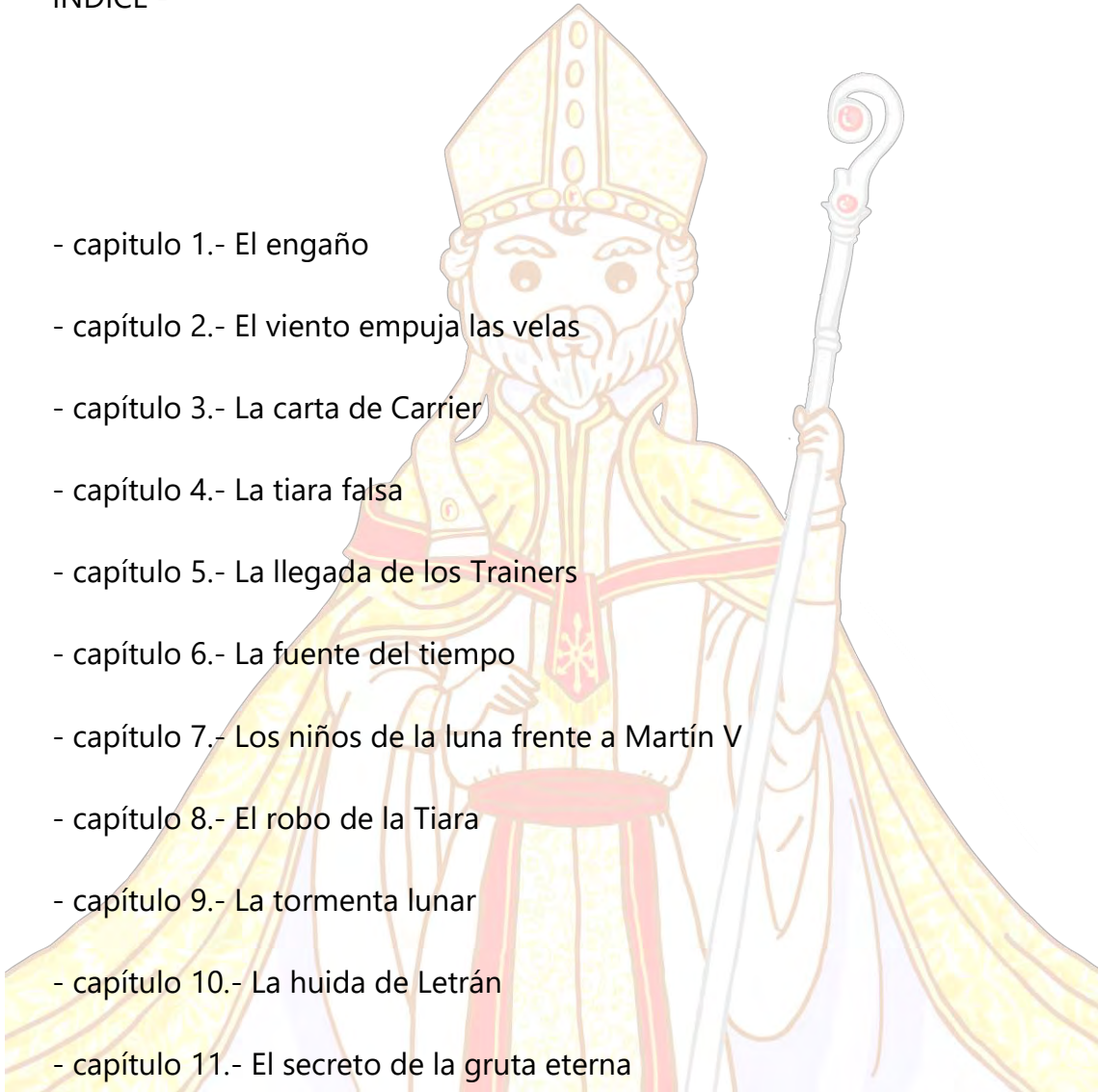


Vicente Javier Más Torrecillas

ADELANTO DE DOS CAPÍTULOS

ÍNDICE -

- capítulo 1.- El engaño
- capítulo 2.- El viento empuja las velas
- capítulo 3.- La carta de Carrier
- capítulo 4.- La tiara falsa
- capítulo 5.- La llegada de los Trainers
- capítulo 6.- La fuente del tiempo
- capítulo 7.- Los niños de la luna frente a Martín V
- capítulo 8.- El robo de la Tiara
- capítulo 9.- La tormenta lunar
- capítulo 10.- La huida de Letrán
- capítulo 11.- El secreto de la gruta eterna
- capítulo 12.- El diploma del mar



CAPÍTULO 1.- EL ENGAÑO

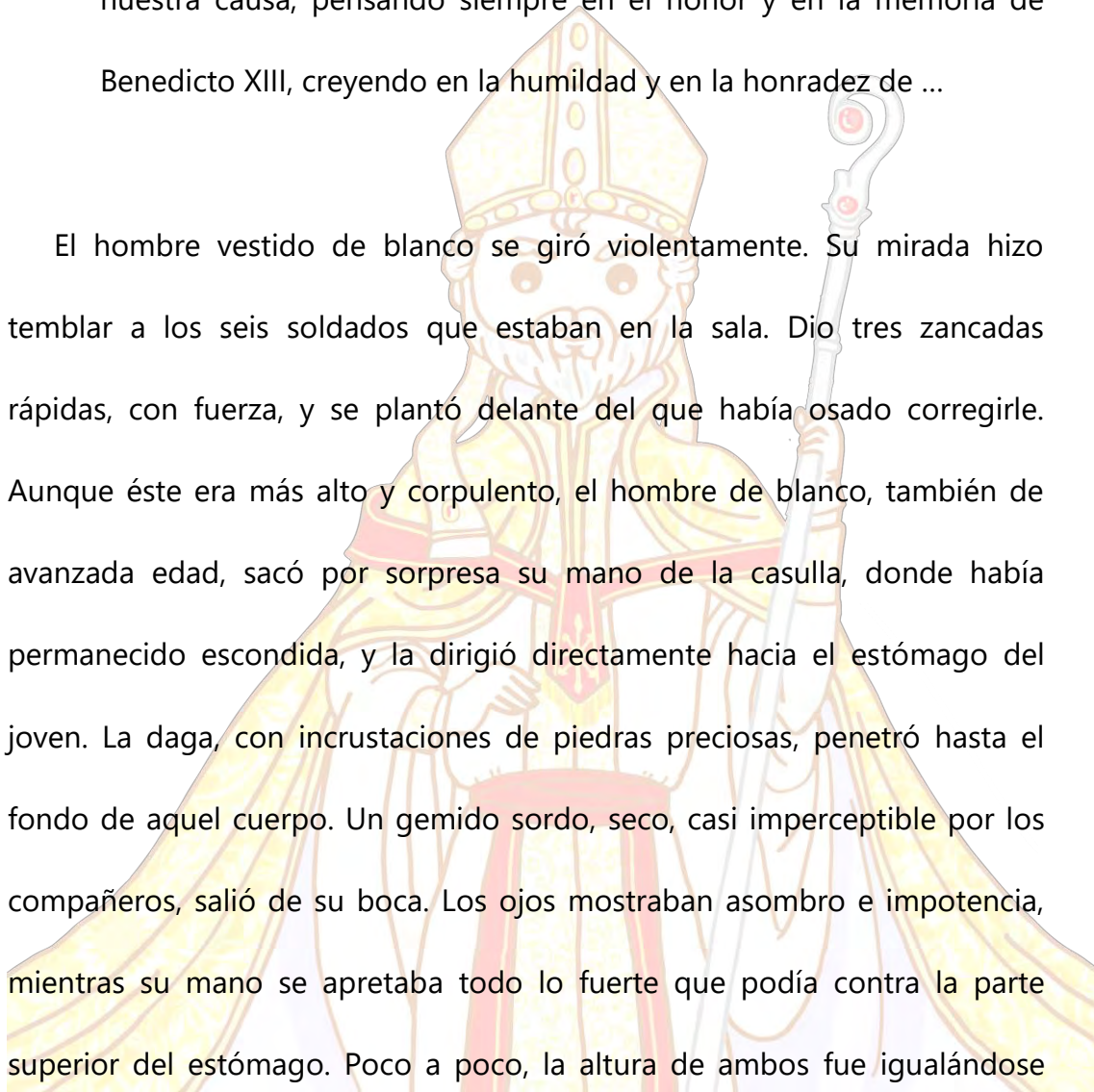
Avignon, 1428

Un fuerte ruido metálico inundó toda la sala. Aquella joya acababa de golpear contra la pared y caer al suelo, rebotando varias veces. El mármol sobre el que impactó había dibujado al instante diminutas grietas a su alrededor. Todos dieron entonces un paso atrás. El estruendo provocado por el golpe dejó a los presentes desconcertados. El hombre vestido de blanco estaba furioso, enojado, lleno de una ira interminable con la que ninguno de sus acompañantes se sentía seguro.

- Se han burlado de vosotros y no habéis sido capaces de verlo. Ésta no es la tiara de Benedicto XIII. Es una imitación, una burda copia. El trabajo de los últimos seis meses se ha ido al traste. Todo por lo que hemos luchado desde la muerte del pontífice no ha servido de nada. Si Carrier se hallara entre nosotros, también estaría avergonzado de vuestra ineptitud. Sois unos inútiles.
- Excelencia hemos traído la joya que estaba depositada en la Basílica. Ha sido el propio papa el que nos ha engañado a todos.

- Cállate, hijo de Carrier. Eres tan inútil como él. Siempre poniendo excusas a lo que no son más que errores vuestros. No os merecéis más que ...
- Excelencia, pido que tenga respeto para quien dio su vida por nuestra causa, pensando siempre en el honor y en la memoria de Benedicto XIII, creyendo en la humildad y en la honradez de ...

El hombre vestido de blanco se giró violentamente. Su mirada hizo temblar a los seis soldados que estaban en la sala. Dio tres zancadas rápidas, con fuerza, y se plantó delante del que había osado corregirle. Aunque éste era más alto y corpulento, el hombre de blanco, también de avanzada edad, sacó por sorpresa su mano de la casulla, donde había permanecido escondida, y la dirigió directamente hacia el estómago del joven. La daga, con incrustaciones de piedras preciosas, penetró hasta el fondo de aquel cuerpo. Un gemido sordo, seco, casi imperceptible por los compañeros, salió de su boca. Los ojos mostraban asombro e impotencia, mientras su mano se apretaba todo lo fuerte que podía contra la parte superior del estómago. Poco a poco, la altura de ambos fue igualándose hasta que el soldado se derrumbó bocarriba sobre la alfombra roja que cubría el suelo. Una mancha oscura y caliente empezó después a abrirse paso entre los dedos hasta llegar al suelo.



- ¿Alguien tiene algo más que decir? Es el momento de que expongáis vuestros pensamientos, para así saber con quién puedo contar y con quién no- indicó su Excelencia a los otros cinco soldados.

Nadie respondió. El silencio se había adueñado de toda la sala, de todo el palacio. La escena quedó oculta al mundo gracias a aquel lugar escondido. Tan sólo se usaba en algunas ocasiones en las que su Excelencia tenía algo importante que comunicar a los Trainers. Ninguno de ellos podía decir quién era ni para quién trabajaba. Todo en secreto, todo estaba al margen de la legalidad de la Iglesia. Si alguno de ellos delataba cualquier cosa sobre el grupo, se arriesgaba a perder la vida.

En 1428 nada era ya seguro en Avignon para aquella organización secreta. Aún contaban con el apoyo, también oculto, del Conde de Armagnac. Con esta ayuda y la de los Trainers, su Excelencia creía poder recuperar el tesoro del Papa Luna. Un tesoro de riqueza, que era lo que menos le importaba. Un tesoro de poder, que era donde estaba su ambición. Un poder inmenso, eterno, que le haría resplandecer ante toda la cristiandad. Incluso más allá: ante todos los reyes del mundo. Sería un auténtico Rey de Reyes, a quienes vería caer uno tras otro. Era la tiara de Benedicto XIII, a la que todos atribuían el poder de la vida eterna.

Durante unos segundos había creído tenerla en sus manos. Su cuerpo se había llenado de fuerza, de vida. Pero todo era una mentira. Un error de esos

seis soldados Trainers, de esos seis elegidos, lo había enfurecido y devuelto a la realidad. Había que empezar de nuevo, desde cero, otra vez contra el papa de Roma, contra reyes de Europa, contra el mundo entero. Él haría lo que estuviese en su mano, absolutamente todo, para recuperar el tesoro. No importaba ni dinero ni muertes, sólo importaba recuperar la antigua Joya de Avignon.

Esa noche había sido especialmente intensa. Las antorchas que iluminaban la sala creaban una luz amarillenta que se movía sin cesar. Las sombras impedían ver con nitidez los retratos y las escenas de los cuadros, las joyas sobre la mesa, la preciosa talla de madera del trono o las esculturas que presidían la entrada. La tensión había ido creciendo a lo largo del día hasta llegar a su punto máximo en aquel preciso instante. El jefe de los Trainers yacía muerto en el suelo, inmóvil, con la sangre aún brotando de su cuerpo mientras Su Excelencia se volvía hacia la silla del trono con la casulla manchada de rojo. El resto de soldados seguía horrorizado por aquel cruel y despiadado asesinato cometido a traición.

- No volváis a presentaros ante mí sin que en vuestras manos esté la verdadera tiara. No quiero a ninguno de vosotros aquí hasta ver cumplidas mis órdenes. Si no obtenéis lo que busco, otros lo harán después de que os haya ejecutado. Ahora salid y no volváis sin noticias.

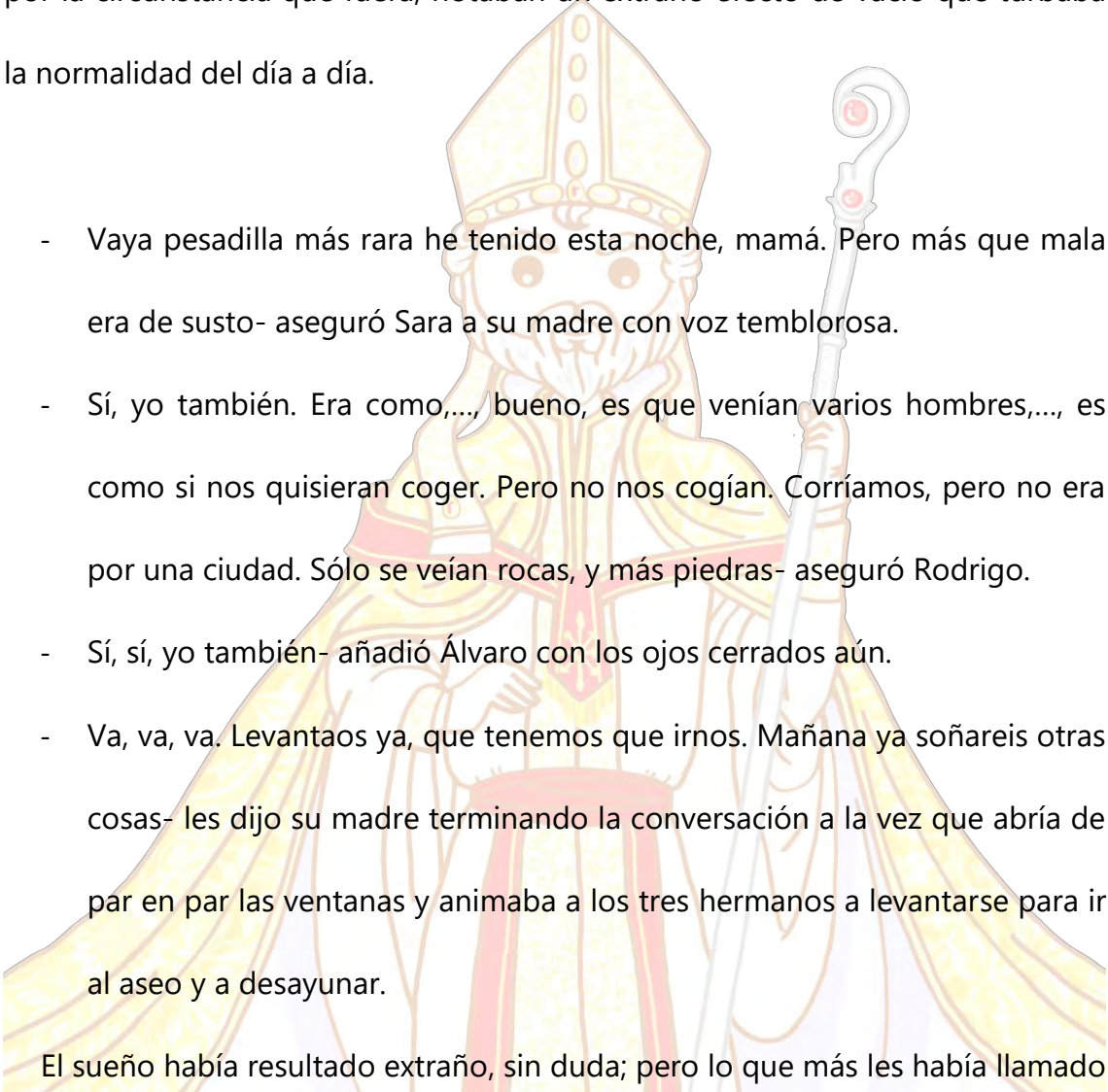
-CAPITULO 2.- EL VIENTO EMPUJA LAS VELAS.

En la actualidad.

Angustiados. La contundencia del sobresalto había despertado de golpe a los tres hermanos. No había sido el calor -un calor pegajoso, húmedo, que llenaba toda la habitación de aquel aire irrespirable-. Tampoco había sido ningún ruido. A esas horas de la mañana se escuchaban los de siempre: alguna que otra grúa en los alrededores, pajarillos al levantar el día y unas pocas voces de personas mayores paseando por la calle. Ni siquiera podrían ser los rayos de luz solar, que ya entraban por las rendijas de las ventanas, aunque eran iguales que el día anterior, y el anterior, y el anterior. Una monotonía climatológica inalterable durante el último mes y medio de verano.

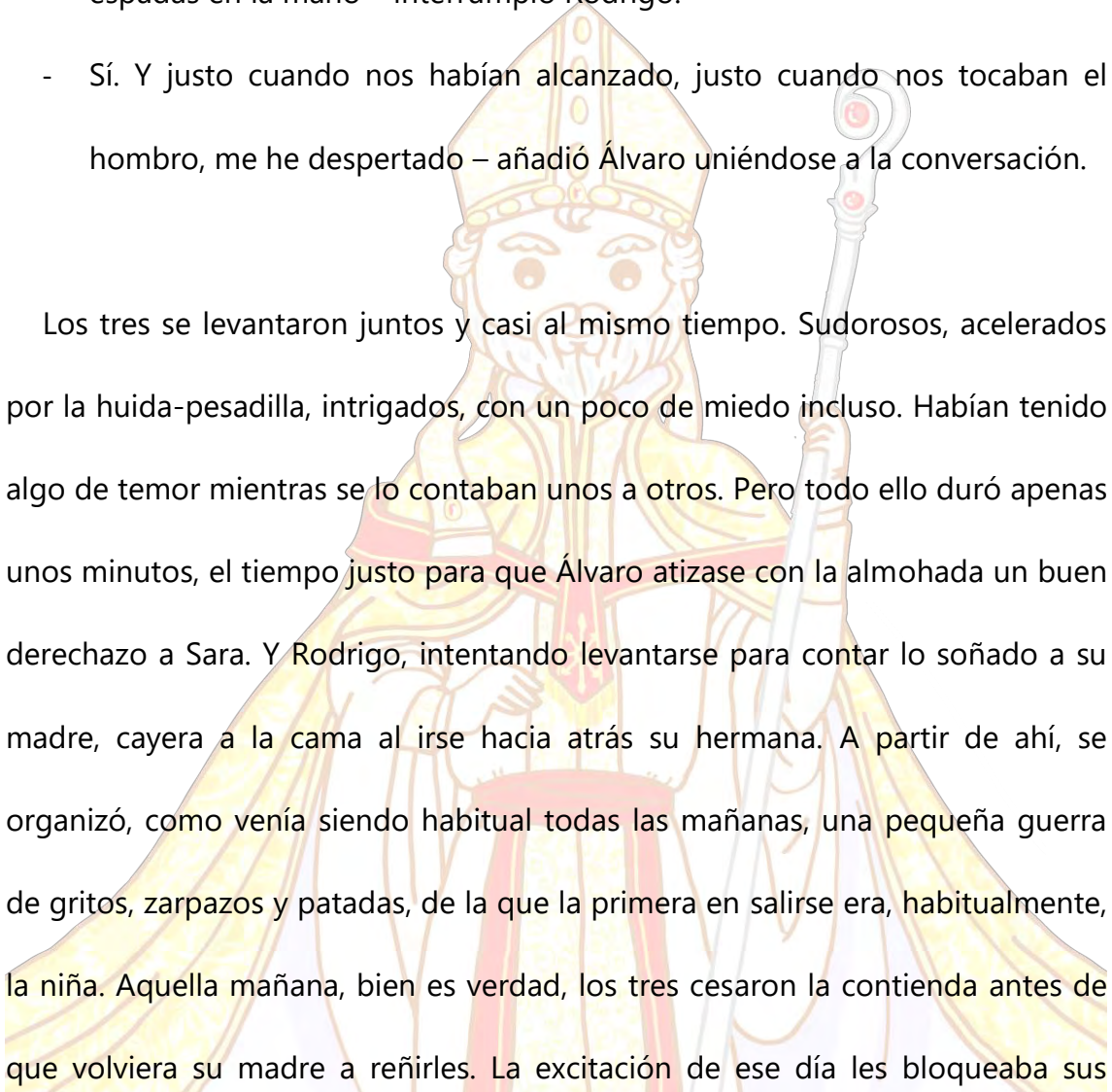
El primero en levantar la cabeza fue Rodrigo, con toda la sábana en los pies. Se había incorporado con algún alarido fuera de tono, como en él era habitual. Ojos cerrados, cejas arrugadas, boca apretada y reaccionando con los pies como si le fuesen a matar. Casi al mismo tiempo, Sara había llamado a su madre, con un tono de voz extrañamente tembloroso, fruto de alguna pesadilla demasiado real. El más remolón fue Álvaro, al que los ojos no se le abrían ni aún con el sol cegador de aquella mañana. Rodrigo y Álvaro eran gemelos. Habían cumplido 14 años hacía tan sólo unas semanas, en el mes de junio. Sara debería esperar al final del verano para celebrar los 13. Pero, en ocasiones, aún dormían los tres

juntos, por raro que pareciese. Se peleaban como otros niños y hermanos de su edad, se chivaban a menudo los unos de los otros, competían entre ellos, se molestaban las más de las veces; pero, al final, no podían vivir los unos sin los otros. Tal era esa necesidad de unidad que, cuando faltaba alguno de los tres, por la circunstancia que fuera, notaban un extraño efecto de vacío que turbaba la normalidad del día a día.

- 
- Vaya pesadilla más rara he tenido esta noche, mamá. Pero más que mala era de susto- aseguró Sara a su madre con voz temblorosa.
 - Sí, yo también. Era como,... bueno, es que venían varios hombres,..., es como si nos quisieran coger. Pero no nos cogían. Corríamos, pero no era por una ciudad. Sólo se veían rocas, y más piedras- aseguró Rodrigo.
 - Sí, sí, yo también- añadió Álvaro con los ojos cerrados aún.
 - Va, va, va. Levantaos ya, que tenemos que irnos. Mañana ya soñareis otras cosas- les dijo su madre terminando la conversación a la vez que abría de par en par las ventanas y animaba a los tres hermanos a levantarse para ir al aseo y a desayunar.

El sueño había resultado extraño, sin duda; pero lo que más les había llamado la atención era que los tres coincidieran en el relato de lo que habían vivido cuando sus ojos estaban cerrados. Sara, la más despierta a esa hora, les iba indicando a sus hermanos el sueño, a la vez que sugería qué debían hacer para no volverlo a tener la noche siguiente.

- Yo iba corriendo, entre paredes de piedra. Y había antorchas en ellas. Y corría y corría y, cuando miraba hacia atrás, veía a unos señores feos que me seguían, que querían cogerme y cuando ...
- Sí, sí. E iban vestidos de rojo, o de rosa, o no sé, algo así. Y llevaban espadas en la mano – interrumpió Rodrigo.
- Sí. Y justo cuando nos habían alcanzado, justo cuando nos tocaban el hombro, me he despertado – añadió Álvaro uniéndose a la conversación.



Los tres se levantaron juntos y casi al mismo tiempo. Sudorosos, acelerados por la huida-pesadilla, intrigados, con un poco de miedo incluso. Habían tenido algo de temor mientras se lo contaban unos a otros. Pero todo ello duró apenas unos minutos, el tiempo justo para que Álvaro atizase con la almohada un buen derechazo a Sara. Y Rodrigo, intentando levantarse para contar lo soñado a su madre, cayera a la cama al irse hacia atrás su hermana. A partir de ahí, se organizó, como venía siendo habitual todas las mañanas, una pequeña guerra de gritos, zarpazos y patadas, de la que la primera en salirse era, habitualmente, la niña. Aquella mañana, bien es verdad, los tres cesaron la contienda antes de que volviera su madre a reñirles. La excitación de ese día les bloqueaba sus trifulcas mañaneras.

Hacia ya unos meses, sus padres decidieron que era el momento de comenzar a aprender a navegar. Vivían al lado del mar. La familia del padre tenía una tradición marinera ancestral y, aunque no era lo mismo, tener

conocimientos de vela serviría para valorar si les gustaba o no aquello que tanto había ocupado a generaciones anteriores. Ambos padres convinieron en que trece y catorce años eran suficientes para lanzarse a la aventura del manejo de un velero, sobre todo después de que estuvieran varias temporadas mejorando su técnica de natación.

Esa mañana, el mar estaba tranquilo. No había ni mar de fondo ni oleaje de consideración. Claro que, todo lo que tenía de calmado el día se traducía también en ausencia de viento. En esa zona del Mediterráneo, la brisa sopla suave, alzándose sobre las once de la mañana y echándose a dormir alrededor de las cinco de la tarde. Su fuerza es suficiente para impulsar un pequeño barco velero y hacerlo planear sobre el mar. Pero cuando el sol castiga la costa durante el mes de julio, el viento desaparece hasta condenar la navegación a un ejercicio de remo con el timón o, en el peor de los casos, a un simple baño en el agua mientras las velas flamean. Eso era lo que la previsión meteorológica había dado para las semanas entrantes.

Aún con todo, ajenos al sol aplastante del verano, al calor desgarrador de julio, a la falta de viento, los tres tenían acelerado el corazón aquella mañana. Se vistieron a toda velocidad, bañador, camiseta, zapatillas de deporte; e hicieron la cama como nunca antes su madre o su padre lo habían visto. Cuando su madre quiso darse cuenta, ya estaban sentados en la cocina, con la mochila a la espalda y pidiendo como pajarillos el desayuno. La leche, las galletas, el croissant, todo deprisa, como queriendo salir ya a navegar.

Al cabo de una hora, allí estaban. Sentados en tres sillas diferentes, esperando que llegasen los monitores. Junto a ellos, otros 37 niños y niñas, de diversas edades. Todos deseaban que les asignasen un barco. En la Escuela de Vela existían tres tipos de alumnos: los que llegaban por primera vez, que eran destinados de seis en seis a los Raqueros, barcos de aprendizaje con monitor; después, estaban los grupos que ya habían ido años anteriores, que, aunque también se les destinaba a los Raqueros, el monitor les introducía en la responsabilidad directa de la dirección del barco; por último, estaban los de perfeccionamiento, que navegaban en embarcaciones de dos tripulantes, vigilados de cerca por un monitor en una lancha motora. Eran los de L'Equip; o, al menos, así se habían autodenominado desde hacía años.

Los tres hermanos fueron destinados, después de una pequeña presentación, a un Raquero, junto a otros tres niños de edades similares. Arturo tenía un año menos que Sara, mientras que Mary y Beatrice, hijas de un matrimonio inglés que estaba de vacaciones en España, habían cumplido 13 y 14 años respectivamente. Los seis se miraban de reojo. Estuvieron así durante casi media hora, estudiándose, mientras el monitor se presentaba y hacía las habituales gracias y chistes fáciles para romper el hielo. Hablaban los hermanos entre ellos y alguna vez decían frases sueltas a Arturo. Fue el monitor el que, al final, personalizando sus chistes malos, precipitó a los seis niños a conocerse entre ellos y comenzar a formar lo que parecía un pequeño grupo de amigos. El

trabajo de montaje de las velas y la primera salida a alta mar se encargaron del resto.

La Escuela de Vela era un lugar conocido por todos en aquella pequeña población turística de la costa mediterránea. Estaba situada al sur de la enorme fortaleza que se alzaba en medio del mar y que abría paso, al norte, a un interminable paseo lleno de apartamentos y hoteles. Mientras permanecían dentro de la pequeña bahía que formaba la zona sur del castillo, los barcos y sus alumnos estaban a salvo tanto del oleaje del mar como del viento. Pero una vez superaban la fortaleza, todos aquellos aprendices de marineros tenían la sensación de surcar las olas en una especie de gran barco pirata, preparado para asaltar el enorme castillo que tenían a un costado. Las embarcaciones con dos tripulantes se situaban al norte de la Escuela, una vez alejadas de la gran roca amurallada. Los Raqueros, con sus monitores, al sur. El campo de aprendizaje quedaba delimitado por cuatro grandes bollas amarillas unidas por una línea recta imaginaria que los niños comprendían enseguida que había que respetar. Entre ambas zonas, una zodiac iba y venía dando apoyo a todos ellos.

Aquella mañana, la jornada, por suerte, comenzó con algo de viento.

- Mi padre dice que estas cuerdas no se llaman cuerdas, sino cabos –afirmó Sara, haciendo ver que entendía del arte de la navegación.
- Cierto. Eso es que tu padre ha navegado alguna vez, jejejeje – contestó el monitor.

- Mi padre también – dijo Mary-.
- Y mi madre – siguió Arturo.

A partir de ahí, comenzó una dura jornada. Durante toda la mañana, aprendieron a situarse en el barco mientras el movimiento del mar hacía que los niños fuesen de un lado a otro. Hubo suficiente viento para empujar la embarcación, aunque obligó al monitor a esmerarse en evitar que el Raquero llegase a volcar cada vez que los niños cambiaban de lado. El único que no tuvo piedad fue el sol. Para paliar cualquier posible insolación, cada cinco minutos mojaban sus gorras en el agua y se las colocaban otra vez sobre la cabeza.

Mientras volvían a la Escuela para comer, al final de la mañana, Sara preguntó al monitor por la historia del castillo. Sara era una de esas niñas espabilada, pizpireta, en la edad justa para preguntar por todo y para pensar en la respuesta de todo. Su olfato femenino la hacía más aguda que los niños de su edad, de uno, de dos, de tres y hasta de cuatro años mayores. Se decía que era capaz de defender a sus hermanos de los ataques de otros niños. A todo ello había que unir una especie de tendencia innata a mandar más de la cuenta. Al final, era capaz de juntar a un grupo de niños a su alrededor y convertirse en guía para llevarlos de un lado a otro. Se reía sin parar, animando al grupo y haciendo, de forma indirecta, que todos trabajasen sin darse cuenta. Aunque cuando se ponía seria o se enfadaba, era capaz de meter miedo a cualquiera.

- Este es el castillo de Peñíscola. Es famoso porque en él estuvo viviendo el Papa Luna. Aunque también se conoce esta fortaleza por el Cid

Campeador. Bueno, por la película que rodaron aquí y que protagonizó un actor americano. Por cierto, ¿sabéis por qué los tontos no entran en la cocina? -se hizo silencio- Porque cuando van a entrar, ven un cartel que pone: sal. -El monitor interrumpió así la clase de historia por temor a que preguntaran más cosas que no sabría responder. Era gracioso y caía bien a los niños. Les había hecho reír con un chiste fácil. A partir de entonces les inundaría con este tipo de bromas fáciles para provocar la carcajada y la distracción de los alumnos.

La jornada transcurrió con normalidad el resto del día. La excitación no menguó ni siquiera cuando el viento fue cayendo durante la tarde. Este hecho permitió que los niños comenzaran a relacionarse entre ellos. Como era de esperar, primero empezaron a juntarse las niñas por un lado y los niños por otro. Pero, a medida que ganaban confianza, y en buena parte porque tres de ellos eran hermanos, los seis comenzaron a congeniar.

Mary, la pequeña de las dos hermanas, era una niña extremadamente educada, se diría que en exceso, lo que le llevaba a generar un cierto rechazo entre los adultos. Se había ido relacionando a lo largo del día, cada vez con más intensidad, con Sara, con quien parecía empezar a congeniar o, tal vez, a competir secretamente. Ya tenía claro al acabar la jornada que su nueva amiga era capaz de imponerse, de forma casi involuntaria, a los demás. Su forma de

ser le causaba envidia, pero a la vez, se sentía unida a esta niña con quien compartía casi la edad.

Su hermana Beatrice, por el contrario, se había lanzado a jugar, de forma sincera, con los otros tres niños. La diferencia de edad entre éstos era evidente, lo que hacía que, poco a poco, Arturo fuese uniéndose a las otras dos niñas, Sara y Mary. Pero la hermana mayor, de tendencia más despreocupada por las cosas de niñas, compartía conversaciones, empujones, chistes y juegos con los otros dos hermanos. No se notaba que Mary y Beatrice fueran inglesas, puesto que las dos hablaban correctamente español. Ambas veraneaban desde hacía años en la costa mediterránea. A la familia le gustaba el español, algo que habían heredado del padre. El cabeza de familia era natural de la región francesa de Armagnac y amaba la historia. Le interesaba sobre todo los años en la que su tierra trataba a París de tú a tú. Era una época en la que Armagnac tenía como aliados a los reinos limítrofes del sur, sobre todo a la Corona de Aragón, a Castilla y a Navarra. Esa vinculación emocional del padre hacia el pasado le había empujado definitivamente a que sus hijas aprendieran español.

- Fijaos en aquella gente, la que está en el mirador que hay junto a la

muralla– indicó el monitor para hacer más llevadero el final de la jornada.-

Justo detrás, donde hay una ventana con barrotes, dicen que todos los

miércoles, sobre las doce de la noche, cuando hay luna llena, se aparece

la silueta de un hombre con gorro alto.- El monitor había logrado, por fin,

captar la atención completa de los niños. Con apenas una sonrisa esbozada, prosiguió el relato.- Se dice que es un guardia personal del tesoro del Papa Luna. Según algunos vecinos del lugar, tras la muerte del pontífice se creó un grupo de pocos hombres con la misión especial de proteger el tesoro de ladrones. Generación tras generación, sin saber realmente quienes son, han estado custodiando la entrada al pasadizo que lleva hasta la puerta desde donde embarcaba el Papa y que, según cuenta la leyenda, sirvió para esconder en algún punto cercano a ella la preciada joya. Así que ya sabéis, a buscar después de las clases a ver si encontráis el tesorito y os hacéis ricos, jajajajajajaja.- La sonrisa despertó de su ensimismamiento a todos los niños, devolviéndoles a la realidad del movimiento cadencioso de la embarcación.

